

Discurso de contestación a Don José Cobos Jiménez, en su recepción académica el día 6 de febrero de 1965, por Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala

Señores Académicos:

Señoras y Señores:

La recepción que como académica podríamos calificar de inmortal, de don José Cobos en la Academia cordobesa, en cuyas listas figura desde hace quince años, tiene caracteres aurorales; porque ingresa sin sucesión de sillón académico, ya que nuestra reforma estatutaria última al aumentar nuestros sitios le reserva el que ya tenía ganado por derecho de conquista; porque una disposición gubernamental que alcanza a todas las academias de la Nación, permite que sean numerarios los residentes en localidad distinta; y, porque en su cualidad de escritor, es auténticamente de la nueva generación, ya que nació en Montilla el año 1921, era un estudiante y escritor incipiente en la gran convulsión patria del Movimiento Nacional, y cuando vuela, con título de piloto el año 1941, a los veinte de su edad, los deberes pátrios y hogareños le atraen ineludiblemente a la vinculación vernácula de la tierra montillana.

Qué escenario más universal y más recóndito el de la tierra montillana. Es fuerza que antes de hablar de cualquier montillano, hablemos de la tierra montillana, de la que fué confín de Europa en otras edades geológicas, y luego en la historia de Occidente, presencié el duelo de las ideas políticas más universales tremoladas al amparo de las águilas imperiales de Roma.

El escenario montillano por donde desfilan Césares y Pompeyos, el Beato Juan de Avila y San Francisco Solano, los Córdoba y sus banderías, el Inca y las Camachas, es un escenario popular por lo conocido, como son populares el Cristo de Velázquez o la Piedad de Miguel-Angel a fuerza de conocimiento y vulgarización, sin que ello le reste un ápice de grandiosidad, antes al contrario, conforme se extiende y amplifica, la ola cultural de su impacto, alcanza conmociones oceánicas.

En tal escenario, crisol de razas, forjador de hombres, vivificador de almas, un escritor como Cobos, abiertas todas las ventanas de su

espíritu, no podía quedar adscrito a un estilo, una época o una generación, sino que se ha enterado de todo, ha escrito de todo, ha sido muy tradicional y muy moderno, y apenas su erudita curiosidad le alumbró el escenario de su propia patria chica, dedicó todo el noble esfuerzo de su pluma a forjar un eslabón de oro más en la cadena áurea del pasado glorioso de su tierra.

En alguna ocasión me he permitido clasificar a este nuevo académico que hoy se sienta entre nosotros como escritor ensayista. Aquella cultura general que a través de los siglos exigía que el hombre estudioso, por medio del trivium y el quadrivium alcanzara todos los conocimientos de su época, desde la filosofía a la música, y que acaso se cerró en el siglo XVIII de los enciclopedistas, ha producido en nuestros tiempos, bajo el modesto título de ensayista, que más bien equivaldría al de humanista, como quiso Ortega y Gasset, ese admirable tipo de enjuiciador del mundo y de los hombres que lo pueblan, para analizarlo, someterlo a la alquitara de su espíritu, sacarlo de su redoma mental más puro, más sano y más bueno.

La firma de José Cobos aparece en esa revista estudiantil que todo espíritu ágil fragua apenas pisa la pubertad ("Realidad", Montilla, 1937), efímeras y amorfas como flores juveniles, y poco después se va curtiendo en prensa local y provinciana (El Defensor, Azul, Córdoba, Ayer de Jerez, la hoja cordobesa de Informaciones), en las revistas Ecos, Remanso, Veritas, Vida y Comercio, y en diarios y revistas nacionales. Parte de esa labor periodística, frágil y caediza como pétalos de primavera, la recoge en libros, como el titulado "Recortes de prensa", donde al coleccionarlos se aprecia mejor el carácter de ensayista que hemos aplicado a su autor, por la variedad de temas, por la sutileza del comentario, por el ensarte erudito y coloquial al mismo tiempo que caracteriza ese género literario.

Más de una docena de libros lleva publicados don José Cobos. Son del género mentado "El escritor y su anécdota", 1954; "Al correr del tiempo", 1959; "Corazón plural", 1963. De Montilla, sus hombres ilustres, su paisaje y sus vinos ha escrito con donosura y erudición. Y en esas publicaciones librescas hay serie de dedicaciones especiales, como las referentes a San Francisco Solano, Patrono de Montilla y Apostol de Hispanoamérica, o los que ultimamente compone sobre el Inca Garcilaso, de los que es galana muestra el discurso que acabais de oír, verdadera joya de literatura histórica.

Y porque además su pluma, su ágil, inquieta, dorada y erudita y

bien cortada pluma, es pluma bética de la mejor estirpe, de la estirpe que vió nacer al idioma castellano, lo enriqueció con joyas orientales, lo adornó con galas de poesía, lo ennobleció con imperiales barroquismos estallantes de exhuberancia, lo popularizó con inimitables gracejos, le dió empujes voladores de águila, que al tocar en otros continentes se convirtieron en cóndores del idioma. Por eso sois tan bien entendido en ambos continentes. Por eso, por la riqueza de vuestro númen literario, sois un humanista de nuestros días, de la mejor estirpe española.

Del flujo y reflujo cultural entre España y América a través del Oceano, es Montilla uno de los más destacados faros. Nuestro nuevo académico lo recoge a través de la biografía del Inca. Aquel niño mestizo que nace de los amores del capitán español Suárez de Figueroa con la princesa peruana del linaje de los Incas, nace nuestro personaje, el Gomecillo que recorre entre soldados y misioneros la gran casa colonial del padre, preparado a la cultura occidental por buenos maestros y preceptores, pero que al quedar huérfano a los veinte años su vida sufre un cambio total, y los avatares familiares le traen primero a Montilla, y después a Córdoba.

Cuando el gran buceador de nuestros archivos Don José de la Torre, rehace documentalmente la vida del Inca, el mestizo era todavía un personaje casi mítico, por lo ignorado. Sus mismos compatriotas peruanos, los mejores historiadores de Lima sabían bien poco del jovenzuelo que se vino a España. Pero en nuestra generación y después de la Torre, se ha completado totalmente la biografía del gran peruano, por don Rafael Aguilar y don José Cobos entre los nuestros, y sus coterráneos De la Riva Aguaro, Miró Quesada y el Embajador Porras Barrenechea.

Y no ha sido sólo la gran biografía del hijo del conquistador y la princesa y del traductor de los "Diálogos" de León Hebreo, la composición literaria de "La Florida" y la histórica de esos "Comentarios Reales", única relación auténtica del imperio de los Incas, que queda de la América anterior a la llegada de los españoles, porque la aprendió de labios de su madre en años infantiles, y la trasladó al papel en su retiro montillano. Ha sido igualmente la pequeña biografía, la vida íntima y silenciosa, tarada acaso por el complejo de inferioridad de su pura genealogía, que dejaba en la penumbra a este mestizo moreno solitario y taciturno, que en Montilla cuida el caudal heredado de su tío, y en Córdoba vive seguramente con fama de indiano rico, y

funda la capilla de las Animas, en la Catedral, en la que autoriza sea enterrado todo aquel que quiera honrarle haciéndole compañía en el otro mundo, descubriendo Aguilar dieciocho y más compañeros de ultratumba, desde el hijo carnal de la criada, hasta nuestro Obispo Fray Albino; y La Torre publica el testamento, en el que hay mandas hasta para los canarios del patio de su casa, la que ya marca una lápida reciente en la calle de los Deanes, frontera a esas callejas de la Hoguera en las que, a su tiempo, aún resonaba el eco de las pisadas de Juan de Mena; y se halla en Viena el rastro de aquel cáliz de oro labrado acaso con oro peruano que donó a su capilla y se llevaron los franceses; y se descubren, al cabo de cuatro siglos, los amores que endulzaran su vida, románticos con una dama montillana, carnales con la fiel sirvienta; y todos esos menudos detalles que matizan la vida y parece que se entierran con la persona, pero que los historiadores modernos persiguen y descubren con sagacidad policiaca.

Todavía, cuando Miró Quesada escribe sobre el Inca, se pregunta con pena si pudo conocer a Góngora, a nuestro gran Don Luis. Claro que sí, podemos contestar hoy. Fueron compañeros de Cabildo, vivieron en el mismo barrio, y hasta nuestro La Torre ha descubierto que el lírico clérigo a medias, de nariz aquilina, que simboliza toda la gloria poética de esta magnífica tierra de poetas que es Córdoba, también acudió, acaso más de una vez, al bolso bien perchado del indiano, porque es bien sabido que aquel númen de la poesía, entre sus andanzas y sus azares, anduvo siempre tan corto en moneda, como abundante en la pavónica riqueza de sus oros literarios.

Aquí quedó el Inca, enterrado en la Catedral-Mezquita, deshecho su corazón peruano entre las occidentales cenizas multiespirituales del gran templo cordobés, dejándonos a todos los conciudadanos el deber y el cuidado de velar su tumba, sobre la que había de arder por siempre, eternamente, la votiva lámpara del aceite que su cuido testamentario le asignó. Aún recuerdo el día que el Embajador peruano Don Raúl Porras, y nuestro Obispo Fray Albino, intentando tal vez difíciles trueques fúnebres, entre el santo evangelizador y el mestizo literato, precedieron un descenso a la cripta, en la que yace, al parecer, la momia del Inca, sobre el poyo de la derecha, en lujoso ataúd que aún conserva restos de los negros terciopelos y del agremán dorado que contornea el féretro, depositado allí hace cuatro

siglos y del que todos los cordobeses somos celosos vigilantes y respetuosos albaceas.

Todo este recuerdo del Inca viene a cuento no solo por el bello discurso que acaba de leer el nuevo académico, verdadero ramillete histórico ofrecido a la memoria del Inca Garcilaso, sino porque su autor, don José Cobos, ha sido el propulsor de la mayoría de estos actos y evocaciones. La rehabilitación de la casa donde vivió el Inca en Montilla los mejores treinta años de su vida, donada al bien público por el Conde de la Cortina, su restauración, el montaje de la biblioteca pública que en ella funciona, las conferencias, conciertos y actos culturales de toda índole que en ella se organizan, todo emana de la voluntad y entusiasmo de Cobos. Era forzoso recordarlo, para exaltar la fecunda hermandad de ambas acciones, literaria y ciudadana, en la obra de nuestro nuevo compañero.

Gracias, en fin, señor Cobos, por haber venido a honrar esta vieja Academia cordobesa con el empuje de vuestro talento y vuestra pluma, con la evocación de las mejores glorias cordobesas, y con la exaltación de aquel perfume de cordobesía que emana de toda vuestra obra.

Sois vos, señor académico, quien nos ha recordado, que en aquella remota tierra peruana, nuestra Córdoba tuvo reflejos que revirtieron al solar nativo. Si de allí vino el Inca a vivir y morir entre nosotros, allí se fué San Francisco Solano, acaso por consejo del mismo Inca, nos habeis dicho a evangelizar la indiada huérfana entre susurros de oraciones, balsámicas manos de curandero y angélicas sonatas de su andariego violín. Si el capitán aventurero mezcló su sangre a la imperial de los Incas, dió luego al hijo mestizo la maternidad legal de una dama criolla, doña Luisa Martel de los Ríos, en honor de cuyo linaje cordobés, un segundo esposo de esta, de infausta suerte, el sevillano Jerónimo Luis de Cabrera, fundó la Córdoba del Tucumán, la Córdoba argentina, dúplica de la nuestra en geografía física y en geografía humana, discreta y sabia, la que vió nacer en manos de humildes frailecitos franciscanos la primera Universidad del país del Plata, trasunto de aquella primera del todo universidad americana que fundara el cordobés Fray Tomás de San Martín, en la capital peruana, la Ciudad de los Reyes, en el centenario del cual nuestro Don José de la Torre sobrevoló el oceano, contrariado su hogareño apego, para rendir homenaje, en calidad de huésped de ho-

nor al hombre que sembró semilla universitaria en aquella misma tierra que el propio La Torre había dictaminado pericialmente en el famoso pleito histórico de Tacna y Arica.

No podía hacer menos el Gobierno del Perú señor, amigo y cofrade, que nombraros Cónsul de su nación en Montilla y Córdoba, para tensar este lazo que viene uniendo los lejanos territorios que la imaginación popular con sus dichos hace aún mas remoto, entre el Perú y España, y que vuestra pluma y vuestros hechos renueva y refuerza sin cesar, seguramente porque de vuestra tierra montillana, sobre los óleos sagrados flotan espiritualmente esencias, que perfuman, dignifican y ennoblecen los nombres y las cosas.

Es que del seno del tarrazgo montillano, permitidme otra vez una evocación muy cara a mis sentidos, en los estios caniculares y en los claros plenilunios, surgen por doquier una legión de gnomos invisibles, cargados de dorados presentes, que, fuera del alcance de los humanos, los van colgando como lámparas doradas de aquel vegetal que el Oriente fabuloso y mítico adoró como árbol de la vida y condenó como árbol de muerte, y de su flamíneo jugo beben los amorcillos y danzan las bacantes, el ingenio del torpe se aguza y la luz del sabio resplandece, y para alcanzar el fin condigno de su mitológico linaje pagano, se purifica en la consumación del sacrificio del Justo.

Por vos y por vuestra tierra de la que sois magnífico heraldo, Don José Cobos Jiménez, sed bien venido a la Real Academia de Córdoba.

